

# ARTE Y HUMANISMO EN LA UNIVERSIDAD

JUAN DE DIOS VIAL CORREA

Rector

Pontificia Universidad Católica de Chile

La publicación del número cien de la Revista *Apuntes*, tiene un significado especial. Desde hace treinta años, y en forma ininterrumpida, se han venido mostrando, en sus páginas, ricas facetas de la actividad artística de nuestra Universidad. Como un homenaje a sus fundadores, a quienes continuaron su obra, y a sus actuales responsables, me atrevo a acoger la amable invitación que me hicieron de publicar unas reflexiones sobre el Arte y el Humanismo en la Universidad. Ellas no aspiran a otra cosa que a dejar un testimonio público del valor que les atribuyo a las direcciones nuevas y fascinantes que tiene la acción universitaria en nuestro tiempo.

Las Artes entraron en la vida universitaria chilena en la década del treinta. Sus Facultades y Escuelas vinieron a cumplir las finalidades habituales a tales organismos: la formación de profesionales, el apoyo indispensable a algunas otras carreras, como es el caso de las Pedagogías y, finalmente, las actividades de Extensión. Estas últimas alcanzaron especial importancia y gracias a ellas el Arte adquirió una presencia nueva en la sociedad chilena. Sin embargo, es claro que cualquiera de las funciones mencionadas podría haber sido cumplida por alguna otra ins-



titución, y que la Universidad estaba sustituyendo a Academias, Conservatorios y organismos análogos, y cumpliendo una tarea de suplencia.

El desarrollo de orquestas, teatros y conjuntos de danza, no significaba una novedad en la concepción de la universidad, sino más bien, la asunción por ésta de funciones sociales que nadie podía o quería desempeñar. La universidad misma, su propia actividad no fue cambiada por la introducción de esta nueva dimensión. Mientras que, en el mismo período, las ciencias penetraban poco a poco en toda la trama de la vida universitaria, y la transformaban desde dentro, las artes quedaban siempre como un conjunto agregado, superpuesto, por mucho que fuera altamente valorado.

Esto puede entenderse mejor si se recuerda que la relación del Arte con la Universidad es de reciente data, y que no es obvia y sencilla. Las Universidades nacieron sin las artes. Más bien el nacimiento de las primeras instituciones universitarias, como la de París, vino acompañado por la decadencia de la enseñanza humanística, bajo el deslumbramiento del método dialéctico. Las "reformas" universitarias, tales como Leyden bajo

el influjo de la ilustración, Berlín bajo el del idealismo, la universidad contemporánea bajo el de la ciencia positiva, llevaron siempre la impronta de alguna forma determinada de concebir la ciencia. Esta concepción, así como su modo de articularse con las formas vigentes del poder político o social, marcan las creaciones universitarias, desde París y Boloña, hasta la universidad napoleónica, la alemana y la norteamericana moderna. Incluso en la universidad alemana de los albores del siglo XIX, penetrada por una concepción idealista, y por ende totalizadora, de la ciencia, donde podría decirse que llegó a anidar una visión "estética" de la realidad, esta visión permanecía claramente subordinada a la contemplación intelectual. Sirva de apoyo a esta afirmación, la frase de Schelling, en una de sus conferencias sobre el Estudio Académico: "... a partir de aquí resulta claro... que no hay nada que pueda saberse en forma absoluta sobre el arte, como no sea en la filosofía y por medio de ella...".<sup>1</sup>

La vida universitaria chilena de la primera mitad del siglo XIX, recibió la decisiva influencia del positivismo, heredero de la ilustración, que penetró incluso en establecimientos católicos que podrían haberla sentido como profundamente extraña. En esa perspectiva, la universidad, sitio de la ciencia, es el hogar de un saber metódicamente alcanzado y obligatoriamente válido, y en torno al cual se articulan los oficios que se enseñan en ella. Allí se privilegia un rigor del conocimiento, que pasa necesariamente por una toma de distancia respecto del objeto y por el pleno ejercicio del principio de la objetividad, que separa nítidamente al observador de lo observado. En tal universidad, ¿qué función tienen las artes como no sea la de procurar el "necesario halago de los sentidos, el descanso, la relajación del espíritu

cansado por ocupaciones más serias"?<sup>2</sup>

Así miradas las cosas, resulta natural que se estudie la filosofía del arte, la psicología del arte, su historia, su sociología. Pero por importantes que sean tales ciencias, ellas se colocan al margen del arte mismo. Es posible que sea verdad que la universidad haya de acoger al arte por las razones de suplencia mencionadas; es posible que tenga una misión en darles un campo de acción a los artistas. Pero esa incrustación del arte, no es una inserción orgánica. La universidad que se limita a ella, no hace otra cosa que reproducir el modo de ver las artes que prevalece en la edad industrial, cuando la contraposición entre la creación y la producción, generó a los artistas marginados, a los poetas malditos o al arte útil-decorativo, adorno de la vida, simbolizado en el florecimiento de los museos en cuyas paredes se exhiben las obras de arte "como soberbios animales prisioneros".<sup>3</sup>

Pero no parece admisible relegar al arte a una situación que es en el fondo subalterna. Hubo un tiempo remoto en el que las artes eran como el lazo sensible entre la vida de la ciudad o del pueblo y el reino escondido y misterioso de lo sagrado. Arte, política y religión no se podían disociar. Los ritos y monumentos funerarios, las epopeyas, las imágenes de los dioses, los himnos religiosos, lúdicos o guerreros, estaban siempre aludiendo al fundamento de la vida colectiva. Y más tarde, aun por siglos después de que la crítica racional hubo erosionado y vaciado de su contenido aquella experiencia primitiva, las artes siguieron ligadas a la expresión del amor o de la muerte, situaciones límites, en las que el hombre, aunque esté olvidado de los lazos originales de su existencia social, no puede evitar preguntarse por su propio sentido.

En nuestro fin de siglo, el trágico fracaso

1 "Hieraus erhellt... dass ausser der Philosophie und anders als durch der Philosophie von der Kunst nichts auf Absolute Art gewusst werden konnte..."

F.W.J. Schelling, Vorlesungen über das akademische Studium. Vorles. 14. Hermann Gentner Verlag, 1959.

2 Ibid.

3 Hans Urs von Balthasar, Verbum Caro: Offenbarung und Schönheit. Johannes Verlag Einsiedeln.

so del intento de re-crear la vida social sobre bases puramente racionales, parece requerir con especial vehemencia la presencia de esos símbolos concretos del sentido de la existencia del hombre sobre la tierra. En la medida en que una universidad es una institución educadora, ella debe hacerse cargo del hecho de que hay una dimensión de lo humano que no es accesible a través del razonamiento, ni a través de la transformación productiva de la realidad, y que no son sólo algunos de sus miembros sino todos ellos en su conjunto los que deben penetrar en esa dimensión.

El problema central que surge para el hombre de nuestro siglo, es el problema de la cultura. No se trata sólo de las proyecciones de la ciencia o de la técnica, ni del dominio o comprensión de la naturaleza. Se trata, antes que eso, del por qué, del sentido de todo ese afán y aun del de la propia existencia. Ningún esfuerzo educador podrá soslayar esa pregunta, precisamente porque estamos en una época de quiebre o crisis cultural. Hay épocas en la historia en las que la frontera de la disolución parece distante, y el esfuerzo que se hace en la cultura parece no requerir con urgencia de definición, de representación ni de justificación. La época nuestra no es ciertamente una de éstas. Nos pasa ahora lo que tal vez pudo ocurrirle a un romano al que le tocó ver la ruina del Imperio, que había garantizado no sólo una paz material, sino una cierta estabilidad espiritual, y que se veía arrojado a ese tremendo desconcierto que retrata San Agustín en la *Ciudad de Dios*. O bien lo que a un cristiano que en los tiempos de la Reforma vio naufragar una concepción polí-

tica y aun teológica que parecía inatacable e imprescindible. Tal como los hombres de esas épocas, nos preguntamos no sólo por lo que hacemos, sino por el sentido que tiene nuestro hacer. Y la respuesta a la pregunta por el sentido es inmensamente más rica y multiforme que la respuesta científica de estilo convencional. Ella comprende no sólo la formulación intelectual, sino más que eso, una respuesta moral, y requiere también del esplendor de los signos concretos con los que las artes apuntan al misterio. El bien, la verdad y la belleza, son los atributos trascendentales del ser. Y si es cierto que muchas elucubraciones estéticas han abusado de la noción misma de belleza, y pueden haber debilitado su significación concreta, ha sido un poeta de nuestro propio siglo el que la vio bajo un ángulo distinto:

“... Porque lo bello no es sino el principio de lo Terrible, al que apenas soportamos y lo admiramos de tal modo, porque él, sereno, desdeña destruirnos...”<sup>4</sup>

Esa realidad terrible que entreveía el poeta, se halla en el umbral del “mysterium tremendum” que atrae y fascina, el misterio de Dios, que escogió desde el fondo de su eternidad y en el ejercicio de una inefable libertad “no ser sin creación”.<sup>5</sup>

Y el desafío dejado a una Universidad Católica, es escuetamente éste: que no hay educación sin ciencia, no hay educación sin arte, no hay educación sin moral, justamente porque no hay educación sin Dios. •

4 ... Denn das Schöne ist nichts

als des Schrecklichen Anfang, den wir noch gerade ertragen und wir bewundern es so, weil es gelassen verschmaht uns zu zerstören... (Rainer María Rilke. Duineser Elegien. 1. Elegie. Insel Verlag)

5 Hans Urs von Balthasar, Verbum Caro: Offenbarung und Schönheit. Johannes Verlag Einsiedeln.